



INVICTUS

CONSTANTINO,
EL EMPERADOR GUERRERO

SIMONE SARASSO

Un niño criado a sangre y metal. Un soldado. Un emperador. Constantino crece desde el día que abandona el hogar familiar para aprender a ser emperador con Diocleciano y formarse en el arte de la guerra y del poder. Sus campañas, su matrimonio, las traiciones y los enfrentamientos lo harán más fuerte hasta que se constituya como único señor del imperio romano. Ha nacido como bastardo, creció como emperador, se hizo señor del mundo, murió solo y elevado a la santidad.

Con todo, considero necesario dedicar a la memoria de este soberano tan caro a Dios, a través de la escritura, un retrato que asemeje a una representación pictórica, exculpándome así de la acusación de mezquindad y pereza.

EUSEBIO DE CESAREA

Vida de Constantino, I, IO, I

*A mi hermano Luca, el verdadero historiador de
la familia
A Alberto y a sus preciosos ojos, que brillan
cuando hojea un libro*

**Cero
EL FIN**

Prólogo

[...] yo lo he sido todo y, sin embargo, nada me deleita.

Atribuido a SEPTIMIO SEVERO

Nicomedia, 22 de mayo de 337 d. J.C.

El viento sabe a sal. Una luz de alabastro entra por las ventanas. El Imperio, allí fuera, está con el corazón en la boca. Se pone el sol. Es el fin de una vida entera.

Constantino observa la púrpura arrojada en el suelo, lleva puesta una túnica blanca, ligera como el siroco. Se mira las manos. Unas manos que han sostenido el mundo, ahora apenas útiles para agarrarse a la silla que está junto a su cama.

Vacila. En su cabeza se agolpan la fiebre y los pensamientos. Ve su imagen reflejada en los húmedos ojos de Eusebio.

El obispo parpadea y lo observa como si admirara un prodigio. Como si Cristo hubiera descendido a la tierra.

Constantino nunca ha soportado su semblante contrito, esas delicadas manos de costurera, su contención a media voz. Y ese insoportable hedor a arrianismo que no consigue sacarse de encima.

—Sujétame —le ordena—. No quiero morir sin antes ver otra puesta de sol.

Eusebio inclina la cabeza. Aferra las muñecas huesudas del emperador, lo sostiene como si fuera de arcilla.

Constantino rodea los hombros del arzobispo. Ya casi no le queda ni aliento en el cuerpo.

El ajimez que da a Occidente regala una visión que corta la respiración: oro y rojo hasta donde se pierde la vista. Agua y viento impregnado de sol. Un cuadro de fuego desgarrador.

—¿Es esto, pues, lo que me espera entre los brazos del Altísimo? —La voz del augusto suena decepcionada—. ¿Belleza sin fin?

—Y mucho más, mi señor. Dios Padre te acogerá en su corte, morarás con los espíritus electos, contemplarás su rostro, compartirás su mesa. —Eusebio está en éxtasis, intenta mostrar desenvoltura.

Se acerca el momento. El santo emperador está a punto de reunirse con Dios.

Y la Providencia lo ha elegido precisamente a él, al hijo de un vulgar campesino de Palestina, para presenciar el milagro.

«Dios Padre es verdaderamente misericordioso.»

A Constantino le acomete un acceso de tos. Manchas rojizas salpican el pavimento, sombras oscuras empañan la seda episcopal, convulsiones, hipidos, risotadas asfixiantes.

—Claro, ¿cómo no? Me sentaré a su derecha...

Eusebio lo sostiene: brazos, codos y espíritu. Ayuda al viejo soberano a sentarse en la cama. Le limpia la frente y la boca con un paño de lino humedecido. La sangre que tiñe el agua marca un ritmo de segundos eternos.

Eusebio lo tranquiliza.

—Mi señor, que el Altísimo me perdone mi desvergüenza, en verdad serías digno de ello. Has dedicado la vida entera a Dios. A su gloria y a su pueblo. Tú mereces la gracia eterna más que cualquier otro...

Constantino sacude la cabeza. Respira.

—No, cura, te equivocas. El Reino de los Cielos está cerrado con doble llave para los que son como yo. Una losa de horror me comprime el alma. Y hasta que no me haya librado de ella, no habrá salvación alguna...

Eusebio se pone en pie de un salto, suelta la mano de su amo. Reacciona, después de que esas palabras duras como rocas lo hayan puesto en su sitio.

—Mi señor, perdona a este servidor distraído e inconsciente. Me superan las emociones y me olvido de lo evidente. Todo está listo para el bautismo, podemos empezar en seguida.

Y, sin ni siquiera acabar la frase, rodea la cintura de Constantino. Intenta volver a levantar de la cama sus exhaustas caderas.

Pero el emperador lo aparta de mala manera, sacude la cabeza cana.

—Mantén las manos en su sitio, cura. Y no te molestes, todavía no es la hora de las abluciones. No estoy hablando del pecado original ni tampoco de todas esas memeces que he susurrado en los oídos de los confesores...

Los ojos del emperador llamean.

—¡Hablo de sangre! ¡Un mar de sangre inocente!

Eusebio se aparta de él. Las palmas le arden.

El emperador continúa, entrelaza los dedos, se frota antiguas asperezas.

—En nombre de la mayor gloria de Dios y de la libertad del pueblo cristiano he matado, engañado, saqueado y pasado por hierro y sangre a la mitad del mundo conocido. He visto la cruz manchada de la sangre de los infames. Y la he ensuciado con la de los justos. Lo que tú llamas gracia, Eusebio, yo lo llamo oportunidad. Lo que tú llamas libertad, yo lo llamo guerra.

Eusebio ahora no aparta los ojos de los del agosto. El azul se precipita en el negro sin fondo.

Una tenue luz atraviesa a Constantino. Una sombra fugaz que le cambia el humor de un soplo. Aferra al obispo por la pechera. Le desgarrá el verde de la vestidura sin dejar de mirarlo ni un segundo.

—Éste es el fin del camino, viejo. No hay vuelta atrás. Durante toda mi vida he creído que Él no me miraba, que sólo veía lo bueno e ignoraba el horror. Pero hoy sé que no es así. Moriré esta noche. Constantino el Grande abandonará el mundo después de haberlo unido. Pero de nada habrán valido los esfuerzos, la fe, los muertos y el tiempo desperdiciado, sin la Verdad.

Los ojos del emperador emanan lucidez.

—Por eso te he hecho llamar, amigo mío. Quiero que tú sepas todos los detalles. Que Dios Padre escuche lo que tengo que decir. Cada uno de los pasos que he dado para llegar hasta aquí. Cada sacrificio, cada batalla. Cada tropelía. Todo lo que tiene que ir a parar a la balanza. Entonces, sólo entonces, cuando hayas escuchado... —la voz baja un tono— y cuando Él haya terminado de pesar... —un suspiro—... serás libre de bautizarme.

El corazón de Eusebio deja de latir por un instante.

—Pero tal vez, en ese momento, ya no te queden demasiadas ganas de preocuparte por el agua bendita...

El emperador se acomoda sobre el lecho. Endereza la espalda y reposa su cabeza atormentada. El obispo coge un sillón y lo arrima a la cabecera.

Constantino empieza la narración.

El tiempo se detiene, se desliza hacia atrás. Son historias de arena, sol y tierras lejanas.

Eusebio bebe cada palabra de los labios agrietados del viejo.

El viejo hablará durante horas.

Allí fuera, en el puerto, un cielo de lava se funde en silencio con el mar helado.

La última noche ha llegado.

«Siempre llega.»

El fin acaba de empezar.

Uno
LA ESPADA

Formación (293-296)

Lejos de casa

[...] desde su juventud este hombre se abría paso en la sangre como si fuera un rayo [...]

EUSEBIO DE CESAREA

Vida de Constantino, I, 7, 2

De camino hacia Nicomedia, verano de 293 d. J.C.

—¿Hemos llegado?

La voz de Constantino es fresca como el agua que le resbala por la barbilla. Resopla y el sudor le cae por la frente. Tiene las mejillas encendidas y ni sombra de pelo. Es la enésima vez que repite la pregunta.

Constancio, su padre, acaricia la cabeza del caballo bayo que lo lleva en su grupa desde hace muchas leguas. Lo observa mientras éste abreva con entusiasmo. Escucha cómo el líquido corre por su interior, los ollares bufando.

Después, sin volverse siquiera, contesta por enésima vez:

—Cuando lleguemos ya lo verás, tranquilo. Esos ojos tuyos de pícaro no han visto nunca nada parecido al fulgor de Nicomedia.

«Nicomedia la esplendorosa.»

En la cabeza del muchacho era poco más que un sueño al amanecer.

Constancio arregla la herradura de un casco del caballo, propina un par de martillazos bien dados. El animal no reacciona, sigue atragantándose en el abrevadero.

El sol se está poniendo. Dentro de pocas horas hará falta forraje.

Constantino desmonta de la grupa, desentumece las piernas manchadas de tierra y de barro, y se estira como un gato con los primeros rayos de sol.

Todas las casas de postas se parecen: mercaderes soñolientos, soldados borrachos, túnicas sucias de polvo y de millas. Y vino de malta mediocre, chicas marchitas de caderas anchas, buenas para llevar los cuencos y levantarse el vestido sin mirarte nunca a los ojos.

Olor a sopa, chispas en el aire, humo ligero.

Constantino tiene una sonrisa cargada de esperanza, es la primera vez que viaja con su padre. Es la primera vez que no duerme en casa durante dos noches seguidas.

En verano, en los bosques en los que ha crecido, hay veces que para cazar un jabalí se necesitan más de dos puestas de sol. Y por la noche hay que apañarse con un pequeño fuego y una manta de estrellas.

Pero la hoguera y la tierra batida de la era siempre están a tiro de piedra. Y él tendría suficiente con echarse a correr para volver a ver los ojos azulados de su madre, para sentir su olor a leche, menta y cansancio. Para dejarse alborotar los rizos, a pesar de que la edad para quedarse pegado a las faldas de Elena ya hace tiempo que ha pasado.

Elena es la responsable del oro que tiñe los cabellos de Constantino, de su rostro dulce y sobrio, de esas piernas largas. Ahora mucho más largas de como eran hace un par de años.

—Cuando acabe el verano serás más alto que tu padre—le parece oír decir a su voz amable, en medio del alboroto del establo público y los bramidos de la soldadesca.

Constancio, cuando la oye hablar, sonrío y no dice nada. Se limita a menear la cabeza pensativamente. A flexionar su cuello de toro, de Oriente a Occidente.

Es el mismo cuello del muchacho. Los mismos hombros. Que lo hacen parecer un hombre aun cuando no hace ni diez lunas que le despuntan algunos pelos en las axilas.

Constantino sigue a su padre entre el gentío de la posada, lo observa impartir órdenes secas al mozo de cuadras, intercambiar ases y sestercios por animales descansados. Es tan rudo con los hombres como gentil con las chicas. Nunca dice una palabra de más, nunca levanta la voz. Trata a las *stabulariae* como mujeres de verdad.

A cambio recibe sonrisas y propuestas que rechaza sistemáticamente.

Padre e hijo se sientan en un rincón. El resto de los viajeros atesta el interior de la hospedería y el exterior. Eructos de cerveza, barbas mugrientas; manos sucias sirven pan duro como el metal. Goterones de sopa de verduras enlodan el suelo de madera.

La chica dice que se llama Ilva, les lleva dos escudillas humeantes y un cuenco de cerveza. Tiene unos senos vistosos y los muslos firmes. Acaricia la barbilla lampiña de Constantino y se dirige a su padre:

—Noble señor, concédeme al muchacho por una noche. ¡Por cinco sestercios, mañana por la mañana te lo devuelvo hecho un hombre!

«¡Otra vez esa lata de convertirse en un hombre!»

Su padre no hace otra cosa que repetirle la cantinela desde que salieron. ¿No será ése el objetivo del viaje? ¿Pasar la noche con una *stabularia* sudada y marchita? ¿Así es como uno se «convierte en un hombre»?

Constantino espera que su padre rechace la oferta. Está aterrorizado con la idea de quedarse solo con Ilva. Con esa boca demasiado ancha, las manos sucias... Y además, ¡maldita sea!, ¿de verdad era necesario hacer un viaje tan largo, cabalgar durante semanas entre el polvo, para pasar la no-